

RECENSIONES

MAX F. MILLIKAN, W. ARTHUR LEWIS, JOSEF PAJESTKA, JEAN-MARIE DOMENACH, DAVID WIGHTMAN, ROBIN CLARKE: *La vía del desarrollo*. Editorial Tecnos, Madrid, 1972, 414 pp.

El segundo decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, que fue proclamado a fines del año 1970, requirió un vigoroso esfuerzo de revisión de todos los problemas pendientes referentes a dicho desarrollo en escala mundial. La mayor urgencia en la acción y la mayor profundidad en el estudio, se referían sobre todo a las medidas necesarias de asistencia por parte de los principales países en próspero desarrollo, en beneficio de los otros países que se encuentran en condiciones retrasadas o atraviesan por circunstancias difíciles para solucionar dificultades comunes. Estas se refieren sobre todo a los problemas demográficos; los de la enseñanza; las estructuraciones político-sociales; el comercio exterior, y otros aspectos estrechamente relacionados entre sí que influyen en las enormes desigualdades existentes entre unos países y otros, en lo referente a los niveles de vida de sus poblaciones y las modalidades de su crecimiento.

El Centro de Estudios Internacionales del *Massachusetts Institute of Technology*, puesto de acuerdo con los departamentos técnicos de la ONU, se encargó de hacer y presentar un estudio de conjunto que tratase de determinar y coordinar una estrategia internacional para el desarrollo. Esta labor fue planificada y dirigida por el director de dicho Instituto de Massachusetts; o sea el doctor Max Millikan, que era también presidente de la Fundación para la Paz Mundial y síndico de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional. El doctor Max Millikan falleció recientemente, después de haber conseguido su propósito de analizar y expresar un programa completo para el apoyo al Tercer Mundo. Fue secundado por otros cinco expertos, y la obra que hicieron (ahora presentada en texto español por la Editorial Tecnos) constituye a la vez un simposio de iniciación y un indispensable libro de consulta.

En el orden de las partes de dicho libro el doctor Max Millikan hizo la introducción y primera parte referente a «Una estrategia para el desarrollo». Después sigue el tema de «El proceso de desarrollo», tratado por W. Arthur Lewis, de la Universidad de Princeton, que ha sido director general adjunto del Fondo Especial de las Naciones Unidas. Las «Dimensiones sociales del desarrollo» son tratadas por el profesor polaco Josef Pajestka, experto de la Organización General del Trabajo en temas de empleo y desarrollo económico, y asesor de obras de planificación en el Cercano

Oriente. El escritor francés Jean-Marie Domenach, director de la revista *Esprit* y realizador de cursos en diversas universidades estadounidenses, ha escrito la parte titulada «Nuestra participación moral en el desarrollo». David Wightman, catedrático británico de Organización de la Economía Internacional, es autor de la parte sobre «El interés económico de los países industrializados en el desarrollo del Tercer Mundo». Por último, Robin Clarke (escritor científico británico que se ocupa habitualmente de los problemas relacionados con las consecuencias sociales de la ciencia y sus técnicas), ha hecho el último capítulo de la obra propulsada por Max F. Millikan. Un capítulo que se ocupa de lo que él llama «La gran experiencia». Es decir, la acción de la ciencia y la tecnología como factores activos en el segundo decenio para el desarrollo.

A varias de estas partes precede un breve preámbulo explicativo del problema tratado en ella, y de las orientaciones personales y subjetivas del autor de cada una. Estos prólogos parciales están a cargo de personalidades igualmente destacadas. Por ejemplo, Philippe de Seynes, secretario general adjunto de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas; Paul Hoffman, administrador del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo; Leopold Sedar Senghor, presidente de la República del Senegal, y definidor de la «negritud». Por último, don Manuel Pérez Guerrero, secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

Un antecedente general esencial fue el de que en 1961 la Asamblea General de la ONU resolviese iniciar una obra urgente, que desenvuelta hasta 1970 debía ser un efectivo «Decenio para el desarrollo». Eso fue considerado no sólo en relación con el desarrollo mismo, en sentido estricto, sino con toda la política. Pues las futuras relaciones entre los Estados y los pueblos, así como una gran parte de la paz mundial, dependen de que se logre una cooperación efectiva entre los países ricos y los países pobres.

Para que tuviesen éxito esos propósitos de la ONU era necesaria la actividad simultánea y enlazada de tres grandes sectores o factores. Uno de ellos, el de las organizaciones (sobre todo gubernamentales) que determinan las políticas internas y externas de los países en vías de desarrollo. Otro factor es el de la actuación y la política de los países altamente desarrollados, que a pesar de ser sólo menos de un tercio de la población mundial controlan las cinco sextas partes de la producción total. En tercer lugar había de contar también la aportación de las numerosas instituciones internacionales especializadas, tales como el Banco Internacional, el Fondo Monetario Internacional, la Organización de Cooperación y Desarrollo (OCDE) y las organizaciones regionales.

Al final del período 1961-1970 aún no se había podido determinar con absoluta exactitud qué era todo lo que se trataba de lograr, puesto que entre los países que se suelen considerar como los más desarrollados y los que se estiman menos desarrollados, existe gran variedad de grados en las diferencias. Aunque lo más evidente y palpable es que generalmente los países subdesarrollados son pobres.

En realidad, considerando el objetivo principal de toda ayuda internacional, de los unos a los otros, el principal problema no es de distribución, sino de producción. Es decir, que el fundamento de las transferencias de recursos desde los países más

ricos a los más pobres no consiste en apoyarlos con donativos, sino en contribuir a elevar efectivamente los recursos de productividad propia en los países ayudados.

La parte consagrada en el libro de Max F. Millikan y sus colaboradores, al interés económico que los países industrializados han de tener en el desarrollo del Tercer Mundo, se refiere especialmente a la acción de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo. El profesor David Wightman, en la parte consagrada a este tema del interés de los poderosos hacia los atrasados, ha actuado por medio de un enfoque empeñadamente objetivo y desapasionado. No ha pretendido demostrar ninguna teoría preconcebida, sino que a través de un escogido repertorio de hechos y de cifras ha comparado las diversas posibilidades a corto y largo plazo. Pensando que la evidencia de los datos probados y su posible evolución ayudaría a sacar las conclusiones prácticas.

En estos análisis de lo positivo y lo negativo no se rehúye referirse al «clima de desilusión» que en algunos países del referido Tercer Mundo se nota respecto al resultado concreto de las ayudas mundiales generales, y las ayudas sueltas de las grandes potencias.

A este respecto es una curiosa pero interesante casualidad la de que la publicación en lengua española (y con la cooperación de las Naciones Unidas) del conjunto de estudios encabezados por el doctor Max F. Millikan la de que entre abril y mayo del corriente 1972 se celebrase en Santiago de Chile la tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (CNUCED). Sobre ella se dijo en los *órganos más competentes de lengua francesa, que había sido una *conférence de non-engagement**, porque al final de las deliberaciones los grandes países industriales se obstinaron en poder ser «los amos de sus concesiones», para poderlas utilizar como instrumentos de presiones y de regateos. No fue aceptada una propuesta de España y del Japón para que una gran parte de las sumas que las potencias desperdician en armamentos fuese dedicada a las ayudas a países subdesarrollados. Tampoco fue aceptada la proposición del secretario general de la referida CNUCED (o sea el venezolano don Manuel Pérez Guerrero) de que se crease un Consejo de enlace permanente entre la CNUCED, el GATT y el Fondo Monetario Mundial. Y tampoco se aceptó adoptar urgentes medidas para reducir la creciente deuda pública de los países del Tercer Mundo; deuda agobiante que alcanza 60.000 millones de dólares, y tiende a seguir aumentando.

Los citados países del Tercer Mundo habían puesto gran confianza en los resultados de la Conferencia de Santiago de Chile. Creían en lo que sus órganos de opinión más extendidos calificaban como «la posibilidad de un mundo más justo, donde los bienes y los esfuerzos estuviesen repartidos de una manera equitativa». En realidad, los representantes de los países insuficientemente desarrollados presentaron al final un memorándum resumiendo sus principales aspiraciones. Estas se refieren al derecho de los pueblos a disponer libremente de sus fuentes de riquezas naturales; la creación de una organización mundial del comercio; la concesión por parte de las naciones ricas de reducciones aduaneras en beneficio de las naciones y los pueblos pobres, etc.

En realidad, ahora todos los problemas referentes a las vías del desarrollo aparecen dominados por la necesidad de que los valores morales y humanos lleguen a predominar sobre los solamente utilitarios y de las inversiones impuestas. En la obra que

RECENSIONES

encabeza el doctor Max F. Millikan, el capítulo en que Jean-Marie Domenach escribe sobre «Nuestra participación moral en el desarrollo», trata detalladamente de cómo los ricos deben reparación a los pobres; de cómo los ricos deben prevenir la violencia de los pobres; de cómo un desarrollo mutuo es exigencia positiva de la paz entre los Estados, y de cómo cada cual puede ayudarse a sí mismo ayudando a los demás.

En el estudio de Domenach la ayuda internacional no constituye una operación política, sino una acción ética que, por lo mismo, puede ser formadora y creadora. El portavoz de la «negritud» mundial, Leopold Sedar Senghor dice en su introducción al trabajo de Domenach que cuando éste vuelve a descubrir la palabra «desarrollo» le devuelve su sentido etimológico dinámico y su profundidad humana.

Todo esto podría completarse con la referencia a un discurso que el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, hizo en la sesión inaugural de la Conferencia Cumbre de Estados Africanos en Rabat el 13 de junio del corriente 1972. Waldheim dijo que el espíritu de la ONU y la efectiva cooperación internacional sólo alcanzarán sus objetivos cuando la igualdad racial llegue a ser una realidad absoluta y admitida por todos. Sólo así podrá levantarse una verdadera civilización de lo universal.

RODOLFO GIL BENUMEYA

LOUIS L. SNYDER: *La guerra 1939-1945*. Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1972, 741 pp., 20 mapas.

Este interesante volumen sintetiza las acciones más sobresalientes de la segunda guerra mundial, poniéndolas al alcance del gran público. Snyder ha logrado plenamente su objetivo confeccionando una obra amena, que permite conocer al lector medio el desarrollo de la contienda sin entrar en pormenores, propios de los especialistas. Las diversas fases de la gigantesca conflagración aparecen descritas, sucesivamente, por la pluma ágil de Snyder con claridad y concisión, logrando un interesante relato de aquellos hechos épicos. Veinte mapas, insertos en el texto, permiten seguir la marcha de las principales operaciones en cada uno de los frentes. Dotada de tales características, esta obra está llamada a tener entre el público de habla hispana el mismo éxito que ha logrado su original inglés: *The War. A Concise History*.

Precisamente esta labor de compendiar un cúmulo tan colosal de datos e informaciones, como implica la historia de la mayor de todas las guerras, es una empresa titánica. Como afirma Eric Sevareid en la introducción: «No cabe en un libro, ni en toda una estantería de ellos, un detalle completo de todo lo que sucedió, de cómo fue posible que aconteciese y de lo que se llegó a hacer... Se necesita por lo menos que pase una generación entera para que se pueda escribir la verdadera definición y los términos de referencia capaces de encuadrar toda esta historia en una forma que no sea fragmentaria. Catalogar los hechos tal como lo ha realizado recientemente el profesor Snyder, indicando sus causas y efectos inmediatos, significa una labor inmensa.» El autor nos informa, en el prefacio, de sus propósitos: «Se ha insistido en lo esencial. Se ha reali-

RECENSIONES

zado un intento por extraer los conocimientos, los incidentes y las tendencias más importantes de la ingente masa de materiales y de la bibliografía más extensa que existe en la historia de todas las guerras. Para ello se han sacrificado deliberadamente los impedimentos, pero no las herramientas del historiador. No existen notas de pie de página que hagan farragoso el texto, pero se ha tenido el mayor cuidado en llegar lo más cerca posible de la verdad, acudiendo a beber a las mejores fuentes. Se han suprimido muchos detalles, especialmente el relato minucioso de las operaciones, en favor de una pintura más amplia que abarcase los grandes movimientos militares.» De todas formas, aunque en el texto no se incluyen esas citas a que alude el autor, éste ha tenido buen cuidado de insertar, al fin del volumen, varios apéndices complementarios: una selecta bibliografía, una efemérides muy significativa, una lista resumida de nombres cifrados militares empleados durante la contienda y un glosario de las principales conferencias celebradas en el curso de la guerra. Además de un voluminoso índice de nombres, que hace muy práctico el manejo de la obra.

En términos generales, esta obra cumple a la perfección los fines que se propuso el autor, es decir, divulgar cuanto de notable acaeció en la conflagración mundial. Y esto resulta tanto más valioso por cuanto que Snyder procura presentar los hechos con la máxima objetividad posible, aunque en ciertas ocasiones, a causa de defectos de información, inevitables en una obra de esta envergadura, sus conclusiones no nos parezcan acertadas. Así, analizando los acontecimientos precursores de la segunda guerra mundial, al referirse a la guerra civil española, dice que «José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, fundó un grupo que tomó el nombre de Falange. Mussolini e Hitler le prestaron una ayuda inmediata» (p. 51), lo cual no es exacto, porque es sabido el cuidado exquisito que tuvo el fundador de Falange Española de mantener su formación al margen de todo movimiento extranjero de cualquier ideología para conservar su pureza nacional. Más adelante dice que «cuando parecía que Franco no podría transportar sus moros y legionarios de Marruecos a la Península, Hitler le envió treinta aviones *Junker* de transporte para cruzar el estrecho» (p. 53), cuando la realidad es que el paso del estrecho de Gibraltar, en aquellos momentos decisivos, se logró merced al «Convoy de la Victoria», en que un puñado de embarcaciones españolas pudo forzar la vigilancia de la flota adversaria en uno de los acontecimientos decisivos de la contienda. Snyder—tal vez por no haber profundizado demasiado por tratarse de acontecimientos marginales al tema central de su obra—, en estas páginas iniciales, entre las cuales figura el tema de la guerra española, valora excesivamente la importancia de la ayuda germano-italiana y traza un bosquejo parcial e incompleto de la cuestión. No obstante, procura mantenerse en una línea de estricta objetividad, sin fobias antiespañolas, como lo demuestra posteriormente, cuando traza una sinopsis de la neutralidad española durante la contienda: «España también permaneció al margen del conflicto durante los seis años que éste duró. Franco firmó el Pacto Antikomintern en 1939, pero cuando estalló la guerra evitó convertirse en beligerante. Comprendiendo la ventaja que la neutralidad representaba para su país, devastado por la guerra civil, adoptó una política de 'no beligerancia' durante los tres primeros años del conflicto. Sus simpatías se inclinaban hacia el lado del Eje, y ayudó a Alemania e Italia de diversas maneras, ofreciendo refugio a sus escuadras, atendiendo a sus aviones, proporcionándoles materiales

estratégicos, como el wolframio, y permitiendo que los sistemas de espionaje del Eje actuasen en territorio español. Llegó incluso a enviar la 'División Azul', compuesta por 18.000 hombres, para luchar contra los rusos. Durante este período los aliados se vieron obligados a situar fuerzas considerables frente a Gibraltar para impedir que el Eje asaltase aquella fortaleza. Cuando en 1943 el creciente poder aliado empezó a dejar sentir sus efectos, Franco cambió su posición de no beligerancia por la de una benévola neutralidad, mediante negociaciones con ambos bandos por separado o con los dos a la vez. No intentó obstaculizar los desembarcos aliados del norte de Africa. A partir de entonces permitió que los agentes secretos aliados actuasen también en España, que los aviadores aliados que se encontraban internados saliesen del país y terminó por interrumpir las exportaciones de wolframio a Alemania. Salió de la guerra con su posición interior muy reforzada» (p. 325). Si se analizan con rigor estas frases, el resumen de Snyder no hace plena justicia a la conducta española durante la guerra, que fue mucho más beneficiosa para los aliados de lo que dejar entrever el autor. Pero éste, en definitiva, adopta una postura muchos más objetiva hacia España de lo que acostumbramos a ver en la mayoría de los autores que tratan esta cuestión. Se observa en Snyder un auténtico deseo de imparcialidad, que merece ser resaltado.

Es decir, que, pese a ciertos defectos de información, la preocupación de Snyder por mantenerse en los límites de la objetividad tiene por resultado el trazar un aceptable panorama de la contienda. Sus puntos de vista podrán estar, indudablemente, sujetos a polémica e incluso algunas veces nos parecerán erróneos, pero no puede acusársele de parcialidad deliberada, aunque procure cargar todas las tintas sombrías sobre la conducta de los países del Eje, olvidando que, como en todas las guerras, por su intrínseca barbarie, se producen conductas lamentables en ambos bandos. Ciertamente, Hitler fue el máximo responsable del desencadenamiento de la segunda guerra mundial y es culpable ante la Historia de sanguinarios excesos que deshonran su ideología. Pero, junto a estas realidades, Snyder no traza un parangón equivalente en otra figura siniestra, Stalin, cuya ferocidad llegó a extremos inauditos, sumergiendo a la Unión Soviética en un baño de sangre de tal magnitud y de características tan repulsivas que hubo de ser denunciado, a título póstumo, por sus propios camaradas y colaboradores con suma severidad. Stalin hizo posible, mediante el pacto germano-soviético de 23 de agosto de 1939, que Hitler comenzase la guerra. Fue su cómplice activo para hacerla posible y en la agresión a Polonia. Snyder reconoce estos hechos: «¡Era asombroso, increíble! Pero allí estaba: la bomba política del siglo, el cínico y frío acuerdo que dejaba las manos libres a Hitler para desencadenar la guerra» (p. 83). Pero no se encarniza con Stalin de una forma similar a como lo hace con el Führer. El resultado es que la responsabilidad de Stalin en el desencadenamiento de la guerra, la agresión a Polonia y Finlandia, en la anexión de los Estados bálticos, etc., queda muy diluida. Sorprende esta forma de presentar tales hechos, ya que Snyder no ha dudado, a pesar de su visible entusiasmo por la política de Roosevelt, en hacer constar la sospecha de que el presidente norteamericano—reelegido en noviembre de 1940, después de haber basado su campaña electoral asegurando a los padres norteamericanos que «sus hijos no serían enviados a guerras extranjeras»—y sus consejeros «habían llevado al país a la guerra mientras hacían pública confesión de sentimientos pacifistas, y que esto lo hicieron entre bastidores y sin

RECENSIONES

ponerlo en conocimiento de los representantes electos del pueblo norteamericano» (p. 273). Datos muy dignos de confianza permiten asegurar que Roosevelt supo con anticipación que el Japón iba a atacar a Pearl Harbor y que bloqueó cuidadosamente esta información para que no pudieran adoptarse precauciones y el ataque por sorpresa le pusiera en condiciones de declarar instantáneamente la guerra a las potencias del Eje. En este sentido, Snyder hace una mención muy completa de los ataques desencadenados contra Roosevelt en su país, informando de los argumentos de sus detractores por su doblez.

En un capítulo muy logrado, el XIII, «El nuevo mundo del Eje victorioso», Snyder traza un documentado panorama de la resistencia suscitada al ocupante nazi en los diversos países en que había implantado su presencia. La conclusión del autor es que, salvo una minoría de adictos, la gran masa del pueblo de los países ocupados mantuvo la rebeldía contra el invasor debido «al férreo dominio» que éstos pretendían imponer. «Una vez pasado el primer efecto desmoralizador de la ocupación, la resistencia surgió por todas partes. Hitler abrigaba la esperanza de convertir a sus víctimas en dóciles esclavos. Pero, en cambio, tuvo que enfrentarse con turbulentas y rebeldes bandas de vengativos enemigos» (p. 314). El hecho es cierto, pero Snyder olvida que es un fenómeno universal, y propio de todas las épocas, que todos los pueblos sientan repulsión instintiva a dejarse ocupar, administrar o dirigir por otro foráneo, cualesquiera que sean sus características o conducta. Todo pueblo aspira a la autodeterminación y surge la rebeldía contra el que la impide, independientemente de las razones invocadas por éste. Así ha sucedido, posteriormente a la segunda guerra mundial, en Alemania Oriental, Hungría y Checoslovaquia, donde se produjeron levantamientos antisoviéticos de todos conocidos, y también que Argelia—entre otros—mantuviese una sangrienta y prolongada guerra de liberación contra Francia. ¿Quiere esto decir que las autoridades francesas desplegaban en Argelia una política similar a la hitleriana? De ningún modo. Pero el pueblo argelino—o el húngaro—se sentía incómodo al verse incapacitado para regir sus propios destinos, independientemente de la bondad de sus rectores o de los beneficios que les proporcionase el ocupante. En tal sentido, las conclusiones de Snyder respecto a la Europa ocupada por las tropas alemanas, aunque válidas en su conjunto, son fragmentarias, puesto que aunque Hitler hubiese desplegado en esos países la más benigna y altruista de las políticas no hubiese podido evitar el recelo y la aversión de los pueblos ocupados y el resultado hubiera sido el mismo, porque es un fenómeno universal que ningún pueblo, incluso los más atrasados, vea con simpatía al ocupante de su territorio patrio.

Estas reflexiones, que el lector imparcial puede extraer de la obra de Snyder, no afectan al relato de los acontecimientos bélicos, que han sido recogidos, dentro de la forzada síntesis prevista por el autor, en su integridad. Capítulos como «El sol naciente de Japón» resultan sobrecogedores por la fidelidad lograda en la descripción de las peripecias bélicas acontecidas. Snyder infunde a sus páginas un interés tan vivo y persistente que se leen sin fatiga, haciendo olvidar que se trata del relato de los años más tristes de la historia de la humanidad, puesto que en ellos los más feroces instintos dormidos en el hombre dominaban en toda la extensión del planeta.

JULIO COLA ALBERICH

HEINZ WAGNER: *Der Arabisch-Israelische Konflikt im Völkerrecht*, Berlín, 1971, Duncker & Humblot, 475 pp.

El conflicto entre Israel y los árabes entra en el sexto año de su existencia. No existen obras que podrían arrojar luz sobre esta situación, ya que, si es posible encontrar libros, éstos siempre enfocan los hechos y las reivindicaciones unilateralmente. Y en cuanto a una corriente jurídico-internacional, la literatura sobre dicho conflicto brilla por su ausencia, incluso desde el punto de vista subjetivo. Sin duda alguna, los israelíes y los árabes consideran el conflicto como un asunto que implica moral, justicia y DI, pero en exclusiva para uno u otro bando, según se trate de los judíos o de los árabes. Entre los dos frentes no hay más que enemistad; es imposible descubrir la verdad y la objetividad. No obstante, la literatura disponible discurre por los siguientes cauces:

1. En Europa, la corriente principal es de carácter netamente *proisionista*. Todo gira en torno a la creación del Estado de Israel, desde los tiempos bíblicos hasta la actualidad.

2. La tendencia de los autores británicos queda predeterminada por el «interés distanciado» y roza muy acusadamente el ideal de la objetividad burguesa, ya que incluye en sus consideraciones la causa de los dos bandos.

3. Una postura prácticamente desaparecida—proárabe no marxista—considera la creación del Estado de Israel como injusticia por constituir una enclave en el territorio árabe.

4. Una corriente marxista proárabe se está abriendo paso cada vez con más insistencia, moviéndose dentro del campo marcado por las teorías del imperialismo. Sus protagonistas más destacados son—precisamente—dos judíos: Weinstock y Rodinson.

El intento de analizar el conflicto en cuestión desde el punto de vista del DI es aún más desolador. Acaso cabría formular el estado de las cosas de la siguiente manera:

Los conceptos y argumentos jurídicos tienen su sentido sólo dentro de un cuadro relacional y, por esta razón, los idénticos conceptos y principios jurídicos, como «democracia, derecho de autodeterminación de los pueblos, agresión y no intervención», suenan igual en Este y Oeste; sin embargo, eso es todo. Cuando los Estados aceptan dichos conceptos y principios conforme a la Carta de la ONU, no se comprometen para con más que considerar sus respectivas situaciones conflictivas a través de estas categorías. Todos los Estados profesan y defienden la igualdad, la soberanía, la independencia, el respeto mutuo, etc, y condenan la agresión, la intervención..., sólo que cada uno entiende bajo estos términos algo diferente, hasta contradictorio, por lo cual se trata de conceptos puramente político-polémicos. La confusión se presenta hasta el punto de no servir para nada arreglos jurídico-positivos, y aunque fuera posible aplicar tales fórmulas a un caso u otro, de nuevo nos encontramos ante una interpretación completamente distinta por los respectivos bandos.

El DI demostró en el conflicto judío-árabe su absoluta incapacidad de servir a los intereses de la paz. La postura proisraelí occidental queda prácticamente anulada por las posiciones del mundo afro-asiático y soviético-comunista en defensa de la causa árabe, cuyos juristas operan con conceptos tradicionales a su manera.

RECENSIONES

La *toma israelí de conciencia* se basa en los siguientes presupuestos:

1. La *metafísica de la historia judía* considera a los actuales israelitas como descendientes del pueblo bíblico, expulsado de Palestina y viviendo durante dos mil años en el exilio, pero siempre limitado al espacio y al tiempo. Según esta interpretación, la creación del Estado israelí en 1948 era inevitable; tarde o temprano habría ocurrido lo mismo y, por tanto, cualquier intento de borrarlo del mapa es inútil e irrazonable, e incluso ilegal. El *objectivum* canalizó por sí solo el proceso de creación de un Estado en la antigua patria de los israelitas.

2. También el antisemitismo europeo reforzó la conciencia colectiva de los judíos. Cualquier postura «objetiva» de los árabes es para el israelita la continuación del afán antijudío de aniquilamiento, si se tiene en cuenta el artículo 6 del *Palestinian National Covenant*, de la Organización Palestina de Liberación, que determina cuántos judíos pueden quedarse en Palestina: «Jews who were living permanently in Palestine until the beginning of the Zionist invasion will be considered Palestinians», es decir, prácticamente ninguno.

La *postura árabe* no quiere tomar en consideración absolutamente nada que se relacione con la llegada de los judíos a Palestina; los israelíes son, simplemente, agresores. Quien intenta comprender el conflicto israelí-árabe, inevitablemente se ve comprometido para con esta —otra— postura igualmente radical, que en vez de comprensión provoca amargura; quien pretende convencer a los árabes de conformarse con la pérdida de Palestina, se encuentra ante las siguientes realidades:

1. Nadie puede esperar de los árabes que comprendan la metafísica de la historia judía, las exaltaciones bíblico-divinas o una historia que es completamente distinta.

2. Para el árabe, la función del exterminio de los judíos resulta una hipocresía *sui generis*, sencillamente porque es ajeno al antisemitismo europeo, no tomó parte en ninguna de las acciones de exterminio y por tanto no está, ni tiene por qué estar, dispuesto a sufrir las consecuencias por medidas adoptadas y acciones llevadas a cabo por el nacionalsocialismo con el fin de resolver el problema judío. El antisemitismo es para él un problema europeo y nada más. En su mente no existe este problema antes de 1948. El judío sigue siendo un intruso, un extraño en la patria de los árabes.

Heinz Wagner—en su función de sujeto alemán— se encuentra ante un dilema potencial por creer que cada alemán es responsable por el exterminio y por la expulsión de los judíos—hacia Palestina, provocando *eo ipso* el interminable conflicto judío-árabe—. No cabe duda, también Wagner absorbió la «presión mística» de la culpabilidad colectiva del pueblo alemán, presión magistralmente ejercida desde el final de la segunda guerra mundial—precisamente por los judíos— y cuya suprema instancia lleva el nombre de «Proceso de Nuremberg».

Mientras tanto, no deberíamos olvidar que tanto el sionismo como el proarabismo son asunto judío; recordemos lo dicho anteriormente: los protagonistas más destacados de la corriente proárabe marxista son, nada más ni menos, dos judíos: Weinstock y Rodinson. Extraña, por tanto, que un alemán intente convencer a sus compatriotas, implícitamente también a la nueva generación, que nunca conoció la guerra, tampoco los campos de concentración, aún menos las presuntas cámaras de gas, de tener la obli-

gación de responsabilizarse por los crímenes hechos que no cometieron o ni siquiera pudieron cometer. En todo caso, la argumentación está como cargada de intenciones polémicas, ya que de la misma manera, y probablemente con más fuerza persuasiva, podría fundamentarse el origen de las dos guerras mundiales, la implantación del bolchevismo y la existencia de un movimiento comunista mundial, entre otras cosas, en judíos. ¿No era acaso Marx judío? ¿O Trotsky? ¿O Beria? Igual que Weinstock y Rodinson y muchos más... Están en los dos bandos, de parte de Israel y de parte de los árabes, contra Israel y contra los árabes, con el capitalismo y con el comunismo, en pro y en contra del mundo. Será la mística de la misión histórica del pueblo bíblico, y nada más. A escala mundial luchan judíos contra judíos y a escala mundial se oyen lamentaciones de los judíos buscando culpables incluso donde no los hay. Puesto que una parte de los alemanes llevan a cabo actos antijudíos, ¿por qué no podría solidarizarse el resto de los mismos en virtud del imperativo de una mística soberanamente práctica? Esta vez la víctima ha sido escogida en el momento oportuno, y puede que en otras circunstancias será escogido cualquier otro pueblo como protagonista pasivo de la culpabilidad colectiva...

La diáspora nunca abandonó al pueblo bíblico en su ilusión de regreso al país de sus antepasados. Ya mucho antes de la primera guerra mundial nace el nacionalismo judío, con el nombre de sionismo. Paso a paso se están asentando unos principios ideológicos, sobre los cuales surgen unas reivindicaciones cada vez más precisas y concretas. La primera guerra se convierte en la fuerza motriz para acelerar el proceso de «retorno» a la patria. Los aliados se ven obligados a ocuparse del problema y buscar soluciones. Se buscan fórmulas y formas para satisfacer las aspiraciones del judaísmo: en octubre de 1916 nace el Acuerdo Sykes-Picot, al que siguen diferentes negociaciones, intercambio de cartas, declaraciones, mensajes, etc., cuyos protagonistas son ingleses, franceses, árabes y judíos.

Las conferencias de paz no aportaron soluciones deseadas respecto a Palestina y el «reparto» de mandatos en el Oriente Medio sería como un germen de institucionalización del conflicto entre 1920 y 1948. La impotencia de la SdN en este punto es idéntica a la de la ONU. Los protagonistas del conflicto fuerzan un proceso de precipitación de los acontecimientos de tal manera que los instrumentos jurídico-internacionales no entran, prácticamente, en la escena. Finalmente nace el Estado de Israel, cumpliéndose las aspiraciones judías en contra de las esperanzas de los árabes. Palestina queda sacrificada a expensas de los dos bandos; sin embargo, los árabes no ocultan su decepción. Se produce el éxodo árabe...

La ONU decide el reparto de Palestina el 29 de noviembre de 1947 y su consecuencia inmediata es la «guerra por la independencia» y «liberation war», para los israelíes, y la «catástrofe palestina», para los árabes. El conflicto termina veinte meses más tarde con el armisticio israelí-sirio, firmado el 29 de julio de 1949. Los judíos lograron crear «su propio Estado», pero destruyeron la paz; no solamente la de los árabes, sino también, hecho aún más trágico, «su propia paz», que tanto anhelaban durante dos mil años.

Es difícil prever el desarrollo de los acontecimientos; no obstante, el conflicto provocó una reagrupación de fuerzas a escala internacional, que es fácil localizar y esta-

RECENSIONES

biccer una línea divisoria entre las mismas: Israel cuenta con Europa, principalmente con Francia y Alemania Federal, ya que Gran Bretaña evita comprometerse directamente con los Estados Unidos y el judaísmo internacional. Los árabes, por su parte, están respaldados por la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia; asimismo cuentan con la solidaridad del mundo afro-asiático y algunos países neutrales. Mientras que el bloque proisraelita es superior técnica y militarmente, el bando proárabe cuenta con factores psicológicos de gran importancia, con lo cual las fuerzas están bien equilibradas, sólo que Israel va de una guerra a otra. ¿Hasta cuándo?

La presente obra reúne excelentes condiciones para ofrecer dos cuadros completamente distintos y contradictorios de causas que originaron el conflicto israelí-árabe y constituyen una reserva prácticamente inagotable de recursos para perpetuarlo *ad infinitum* como una institución *sui generis* de la Humanidad.

STEFAN GLEJDURA

WOLFGANG MOMMSEN: *La época del imperialismo (Europa 1885-1918)*. Ediciones Castilla, Madrid, 1971, 354 pp.

Puede asegurarse dogmáticamente que nadie, hasta el momento presente, ha estudiado con mayor detenimiento y lujo de detalles, desde la perspectiva esencialmente histórica, el tema del imperialismo como lo ha hecho Wolfgang Mommsen—catedrático de Historia Medieval y Moderna de la Universidad de Düsseldorf—, autor en plena juventud—nació en el año 1930— de una vasta obra científica y, sobre todo, independientemente de su alta graduación académica: licenciado, por las Universidades de Marburgo y Colonia, en Filosofía, Ciencia Política e Historia del Arte. Bajo tan impresionante *curriculum*, cosa que el futuro lector de estas páginas podrá fácilmente advertir, se nos oculta un apasionado y excepcional cultivador de la investigación histórica. Con infinita paciencia ha espigado en diferentes archivos, pertenecientes a las viejas Universidades e instituciones políticas europeas, para desempolvar aquellos documentos, a primera vista carentes de interés alguno, para reconstruir períodos enteros de la reciente historia europea. El lector, en efecto, no puede por menos de sentirse sorprendido ante la singular acumulación de datos, referencias a acontecimientos totalmente olvidados y a fechas que, si bien en la actualidad están relegadas a un segundo plano, en su día encerraron capital importancia para el futuro presente de Europa. Tenemos que decir, pues de lo contrario no seríamos sinceros, que la lectura de estas páginas resulta penosa, esto es, estamos ante uno de esos libros que dan por supuesta una formación intelectual del lector fuera de lo normal y, consecuentemente, derivada hacia varios campos—política, historia, economía, sociología, etc.—. Por otra parte, a nuestra modesta forma de ver, los capítulos resultan excesivamente extensos—sin ningún inciso—e intensos en saber científico. Superadas estas dificultades, lógicas hasta cierto punto, el lector perseverante entrará en posesión de un saber diáfano sobre las principales causas del naci-

miento, florecimiento y declive del movimiento—¿se nos permitirá llamarle así?— imperialista.

La primera tesis que el autor aventura, en relación con el tema que presta su título a estas páginas, es la concerniente al hecho de que el imperialismo, en el fondo—no muy en el fondo—, es fruto directo de la crisis de la tradición política europea. En efecto, escribe: «La lucha por un orden constitucional y social nuevo—si no democrático al menos liberal— dominaba la política europea en el siglo posterior a la Revolución francesa. En todos los Estados de Europa, si bien con fuerza e intensidad diversa, el liberalismo, apoyado por la burguesía ascendente, dirigía su ataque contra el monarquismo establecido y con ello contra el predominio fosilizado, tanto social como político, de las clases aristocráticas. Su gran programa: la garantía de los derechos humanos y civiles, la participación de la nación en la vida política dentro del marco de un sistema constitucional, la libertad de acción espontánea de cada individuo en la economía y en la sociedad, la abolición de leyes anacrónicas y la máxima limitación de la intervención del Estado en favor de los ciudadanos, constituía el programa de una nueva era, que se proponía conducir a Europa a un futuro nuevo y mejor.»

Entiende el profesor Mommsen, y en este punto no le falta la razón, que, en rigor, el imperialismo es el resultado de las apasionadas tendencias nacionalistas que se sucedieron sobre finales del siglo XIX. El nacionalismo, pues, constituye el prólogo del imperialismo. La cosa es obvia: «En primer lugar, la nación desea—real o aparentemente— poder. Se abomina de la existencia dentro del marco de un pequeño Estado, como si fuera una vergüenza; la actividad en él no es satisfactoria para individuos dinámicos; se quiere pertenecer a una unidad grande y esto significa claramente que el primer objetivo es el poder; la cultura es, en el mejor de los casos, sólo un objetivo secundario. Sobre todo, se desea hacer valer hacia el exterior la voluntad común, desafiando a los demás pueblos.» Estas palabras, subraya el autor, se referían sin duda al recién fundado Reich alemán, pero son válidas para el desarrollo posterior. Consecuentemente, durante las crisis diplomáticas de los años ochenta se hizo patente la fuerza explosiva del nacionalismo. Pero el desarrollo histórico de Europa fue tan decisivo que en pocos años éste se transformara en imperialismo. A los pueblos, en opinión del profesor Mommsen, ya no les bastaba con jugar un papel dentro del sistema de Estados europeos; ambicionaban ser una potencia ultramarina. Los decenios siguientes trajeron la encarnizada lucha de las naciones europeas por territorios coloniales en ultramar. La penetración política y económica de los territorios por desarrollar se convirtió en la gran empresa nacional de la época.

Claro está, y muy bien lo advierte el autor, que para tranquilizar las conciencias o, en el peor de los casos, «legalizar» las decisiones de espíritu expansivo, infinidad de doctrinas de distinto orden hicieron acto de presencia en el ambiente socio-político de la época. Justamente, subraya el profesor Mommsen, «aunque interpretemos el imperialismo europeo de la época entre 1885 y 1914 como una forma extrema del pensamiento nacionalista, no negaremos que también intervinieron en su expansión otros factores de importancia. La doctrina pseudohumanitaria de Kipling del «white man's burden» (la responsabilidad del hombre blanco), del deber de las naciones blancas de transmitir a los pueblos subdesarrollados las conquistas de la civilización europea, no

resultaba una ideología hueca para sus contemporáneos, aunque generalmente iba unida a la idea de que las razas blancas, y especialmente las naciones teutónicas, estaban llamadas a dominar a los pueblos de color gracias a su mayor vitalidad y a su mayor cultura. La conciencia de una misión religiosa por cumplir también formaba parte de la nueva ideología imperialista. La empresa de llevar el cristianismo a los pueblos de Africa y Asia justificó demasiadas veces la ocupación imperialista de territorios ultramarinos. Lo mismo cabría decir de la lucha contra el comercio de esclavos en los territorios de Africa interior. Sin embargo, estos factores son secundarios si se comparan con los motivos económicos que contribuyeron a desencadenar las grandes energías imperialistas que comenzaron a actuar en todo el mundo desde 1885. La agitación política de la época repite una y otra vez que hay que abrir en ultramar nuevos mercados y nuevos campos lucrativos de inversión a la propia economía y al propio capital si se quiere evitar el estancamiento progresivo de toda la economía nacional.

Pero realmente el motivo más poderoso y, naturalmente, el que más profundamente dejó marcada su impronta fue el económico. El imperialismo fue y tuvo una finalidad económica. Por lo tanto, a pesar de todo, los motivos económicos, tanto los de carácter primario como los de carácter secundario—leemos en estas páginas—, contribuyeron a la exacerbación de las pasiones imperialistas de la época únicamente en la medida en que iban unidas a expectativas y ambiciones políticas de matiz nacionalista. Sólo en la encrucijada de rivalidades nacionalistas el capitalismo moderno empezó a desarrollar rasgos imperialistas. Las causas fundamentales del imperialismo se hallan precisamente en el nacionalismo de aquellas clases sociales que pasaron a un primer plano con el desarrollo de la sociedad industrial y no en unas supuestas necesidades objetivas del capitalismo de apoderarse de mercados ultramarinos. Es fácil caer en error al enfocar este problema, como demuestra el caso del estadista francés Jules Ferry, que elogiaba ante una nación reacia las ventajas económicas de las adquisiciones ultramarinas, cuando lo que le movía en el fondo era la convicción vitalista de que «las naciones sólo son grandes por la actividad que desarrollan». Las grandes adquisiciones coloniales debían, pues, inspirar grandes empresas a los franceses, es decir, funcionar como acicate para el despliegue de nuevas energías dinámicas. Motivos parecidos aparecen a su vez en el imperialismo italiano de aquellos años. El imperio colonial ultramarino constituía para los contemporáneos más bien la condición de la grandeza nacional y no tanto la base de prosperidad futura.

Evidentemente, y no es necesario exponer una especial argumentación para demostrar la veracidad de la subsiguiente afirmación, el imperialismo influyó de manera más que notable en las estructuras sociopolíticas de la época. El advenimiento de la idea imperialista provocó un cambio fundamental en la estructura de la conciencia política europea. El liberalismo, considera el profesor Mommsen, fue el primero en acusar este cambio. El pensamiento clásico liberal, que pretendía reducir en la mayor medida posible la intervención del Estado y veía en las leyes «naturales» del libre cambio la forma óptima del orden económico, se reconciliaba difícilmente con la idea de que el Estado, a través de una costosa política expansionista, abriera a la economía nacional el camino hacia los territorios ultramarinos. Pero el espíritu de la época era más fuerte y pronto los liberales descubrieron sus cualidades imperialistas.

Se puede, por lo tanto, afirmar—así lo hace el autor de estas páginas—que el imperialismo venció al propio liberalismo. Efectivamente, y en este extremo seguimos la tesis del profesor Mommsen, la idea imperialista constituía un elemento extraño dentro de la ideología liberal tradicional y, lógicamente, el liberalismo europeo durante la lucha en pro o en contra del imperialismo se escindió, al menos temporalmente, en facciones que se combatían encarnizadamente. Así, el liberalismo europeo pasó a través de una grave crisis, de la que nunca llegó a recobrase por completo. Porque por muy elásticos que se formularan los ideales imperialistas, la contradicción interna entre una política fuente de expansión y los ideales libertarios del liberalismo tradicional era difícilmente superable. El ala izquierda intentó, sobre todo en Inglaterra y Alemania, una «renovación del liberalismo» a partir de 1895.

No nos oculta el autor que, independientemente de los conceptos anteriormente expuestos, es fácil deducir que, en gran parte también, el imperialismo triunfó por la aparición del fenómeno de la «industrialización», que igualmente cambió la faz socio-política de Europa. «La primera gran oleada de la industrialización—escribe el profesor Mommsen—, que tuvo lugar en Inglaterra ya a fines del siglo XVIII, un poco más tarde en Francia y hacia 1850 en Alemania, sólo transformó parcialmente las relaciones sociales existentes en Europa y exclusivamente en algunos puntos clave. Los efectos de las nuevas formas industriales de producción sobre la estratificación social y aún más en la política eran restringidos. La posición dirigente de las élites aristocráticas tradicionales era indiscutible, incluso en Inglaterra, que ya desde los años sesenta del siglo XIX podía considerarse una sociedad industrial. Pero hacia 1895 la situación comenzó a cambiar en toda Europa. La industrialización, en una segunda oleada más potente, alcanzó a todos los países europeos, si bien con importantes diferencias básicas, y provocó la transformación radical de las estructuras sociales y políticas. La creciente superposición del nuevo capitalismo industrial de producción intensiva sobre las formas tradicionales de producción se refleja con la mayor claridad en los cambios registrados en la relación agricultura-industria, aunque sean difíciles de precisar con exactitud debido a las estadísticas incompletas de la época. Gran Bretaña, naturalmente, iba a la cabeza de este proceso y de otros muchos.

Los tentáculos del imperialismo se hicieron más firmes todavía cuando, como sagazmente nos indica el profesor Mommsen, Europa cayó bajo la fiebre del «desarrollo». En efecto, «a pesar de que entre 1885 y 1914 la industrialización se extendió entre las naciones europeas con grandes diferencias de intensidad y en formas muy diversas, es un hecho que todas ellas fueron arrastradas por el nuevo desarrollo. Las barreras aduaneras nacionales, erigidas en aquellos años en casi todas partes, no pudieron evitar—por muy altas que fueran—que las diversas economías nacionales de Europa se insertaran en el sistema multilateral de la economía mundial, que surgía con fuerza irresistible en aquellos decenios, bajo la influencia principalmente de la expansión política y económica de Europa hacia ultramar. Los mercados mundiales empezaron a influir sobre el desarrollo económico e industrial de las naciones en un grado hasta entonces desconocido; las naciones se veían obligadas, quisieranlo o no, a adaptar sus métodos tradicionales de trabajo y producción al progreso tecnológico y crear nuevas industrias, proceso que iba unido en muchos casos a grandes tensiones y padecimientos sociales.

RECENSIONES

En relación con esto se fue acentuando, en un grado de importancia desconocida hasta entonces en la historia de Europa, la dependencia de las economías nacionales de las altas y bajas del desarrollo económico internacional. Las coyunturas y las crisis, las situaciones inciertas de la economía internacional, intervenían profundamente en la economía de cada país. Al gran optimismo progresista de los contemporáneos se alió un sentimiento de inseguridad y riesgo económico y social. Si hasta entonces la burguesía se había sentido segura de su posición en la estructura social, garantizada en gran medida por el Estado, ahora se veía expuesta, sin apenas protección, a las oscilaciones de la economía, que no podían ser calculadas racionalmente. Junto a los enormes éxitos económicos de la época surgió una intensa sensación de crisis».

Pero acaso la nota más original del período al que nos venimos refiriendo estriba, como muy acertadamente subraya el profesor Mommsen, en la sugestiva lucha que en el terreno económico se originó entre los viejos y jóvenes Estados europeos. Importante hecho dado que, como podemos apreciar en las páginas del libro que suscita nuestro comentario, sin el amplio sistema de comercio mundial multilateral que había surgido en la lucha económica de los Estados industriales jóvenes de Europa contra los viejos, no hubiese sido nunca posible el tremendo crecimiento de la productividad económica que se alcanzó en el período de 1880 a 1914. Al mismo tiempo constituyó una importante base para un nuevo crecimiento económico. El hecho de que las grandes naciones industriales dirigiesen antes de 1914 sus miradas cada vez más hacia ultramar tenía sin duda una razón económica. Obsesionados con la rivalidad de sus intereses, no se daban cuenta de que las conquistas políticas y económicas de un país en ultramar beneficiaban indirectamente también a todos los demás países. Los lemas nacionalistas presidían los conflictos. Sin embargo, los signos del desarrollo revelaban una nueva ampliación de la inter-relación económica de las economías nacionales.

La fiebre del delirio imperialista alcanzó su nivel más alto, si aceptamos la tesis defendida por el profesor Mommsen, en los años finales del siglo XIX. «Hacia el fin de los años ochenta del siglo XIX se inicia una transformación profunda en las relaciones entre las potencias europeas. La fiebre del imperialismo se adueña de los Gabinetes europeos progresivamente y sin que se den apenas cuenta los propios políticos. A pesar del conservadurismo de la diplomacia de todos los Estados europeos, que consideraba el clamor popular por colonias y nuevos mercados en ultramar, en general, como una desagradable intromisión en las sagradas tradiciones del arte diplomático, fueron atrayendo cada vez más el interés público los problemas coloniales y los problemas de la «Weltpolitik», para utilizar un término que empezaba a ponerse de moda en Alemania, mientras que los grandes problemas de la política europea pasaban a un segundo plano, sin perder por ello su peso y su importancia.

Conviene aclarar, sin embargo, que la expansión imperialista no surgió, como a la vista del texto antecedente pudiera parecer, de improviso. Muy por el contrario, y así lo reconoce el autor de estas páginas, algunos Estados europeos, como Inglaterra y Francia, ya hacía tiempo que llevaban a cabo una política de expansión colonial. Hacia 1885 este proceso de expansión de la civilización europea por todo el globo sufre una violenta aceleración; en pocos años se convirtió en una auténtica carrera de las potencias europeas tras los territorios de ultramar aún «libres», a la que, a partir de 1894, se

sumaron también Japón y los Estados Unidos. Al mismo tiempo se transformaba el carácter de la dominación colonial europea; de la noche a la mañana se convertía el colonialismo en imperialismo. Hasta entonces las potencias europeas habían dejado toda la iniciativa a los grandes colonizadores y a las empresas coloniales y en general no dejaban seguir la bandera nacional al comercio. En todo caso se había tratado de reducir al mínimo la propia intervención política y militar. Ahora la situación se había convertido en lo contrario. Impulsadas por un nacionalismo que había desembocado en imperialismo, las potencias europeas empezaron a perseguir sistemáticamente la adquisición de nuevos territorios coloniales y a respaldar con capital propio la conquista y penetración económica de los países subdesarrollados, pero ya en la fase inicial y no, como hasta entonces, sólo cuando las cosas habían alcanzado un cierto grado de madurez. Al mismo tiempo, la creciente rivalidad entre las grandes potencias supuso el abandono de las formas tradicionales de dominación más o menos extensiva de los territorios coloniales a partir de algunos puntos de la costa.

El profesor Mommsen, por supuesto, nos habla también del porqué el imperialismo, movimiento que, como hemos visto, surgió con tan feroz fuerza, llegó a su declive. De entre las muchísimas causas que el autor analiza, no es el momento de enumerarlas, a nosotros nos parece la más convincente la siguiente: las crisis políticas internas de los Estados europeos. Justamente, «en toda Europa se enfrían» a partir de 1906 las pasiones imperialistas. Si hasta entonces los pueblos habían seguido con febril excitación las grandes pruebas de fuerza por la conquista de territorios de ultramar, ahora los problemas de política interna vuelven a acaparar el máximo interés.

Finalmente, piensa el autor, la crisis del imperialismo se hace absoluta en 1914. En los primeros días de agosto de 1914, nos recuerda el profesor Mommsen, los pueblos europeos partieron a la guerra, en su inmensa mayoría con un entusiasmo casi religioso. La lucha por la patria parecía dar a la vida de repente un contenido nuevo e infinitamente más rico. Una ola de entusiasmo bélico nacionalista se apoderó de las masas y arrolló en todos los sitios a los grupos que se habían opuesto a la guerra, o al menos los redujo en un primer momento al silencio. Esta irrupción de pasiones nacionalistas transformó radicalmente las formaciones políticas. No sólo en el Reich alemán, sino también en Francia, se conjuró a partir de ahora el «esprítu del 4 de agosto», que había producido un movimiento de solidaridad nacional sin precedentes, a través de todos los partidos y clases sociales. El hecho más sorprendente lo constituyó en aquel momento la actitud de los socialistas, que en casi todos los países en guerra apoyaron lealmente la causa del propio Gobierno, aunque habían dado clara prueba de su voluntad de paz en los últimos días de la crisis.

El final de la primera guerra mundial supuso también la definitiva desaparición del imperialismo, cuando menos, como doctrina «legal». Puesto que surgió la fascinante teoría del principio de la autodeterminación. Consecuentemente, nos advierte el autor de estas páginas, «al final de la primera guerra mundial la vieja Europa de las cinco grandes potencias se había transformado tanto que resultaba irreconocible. En toda la Europa central y oriental los tradicionales sistemas de dominio se habían derrumbado y en el caos político y económico que habían dejado las fuerzas democráticas, socialistas, comunistas y conservadoras libraban una lucha encarnizada por el futuro orden

RECENSIONES

político de los nuevos Estados nacionales que estaban surgiendo. Mientras la potencia soviética, que tenía que luchar aún por su propia existencia, perdía la ocasión de alcanzar una influencia política determinante en la evolución interna de Europa, los Estados Unidos ascendían a potencia dirigente de Occidente. El triunfo de la idea del Estado democrático parecía casi completo; sólo poco a poco tendría que demostrarse que el «derecho de la autodeterminación de los pueblos» y el principio de nacionalidad no bastaban por sí solos para crear una Europa definitivamente «segura para la democracia», sobre todo porque Wilson no lograba contener eficazmente las aspiraciones hegemónicas de las potencias occidentales triunfantes.

La primera guerra mundial supuso, a la larga, algo también bastante importante, a saber: que Europa, como se nos recuerda en las páginas de este libro, tuvo que ceder bien pronto su función hegemónica en el mundo, que hasta entonces había podido ejercer sin discusión, a los dos grandes bloques opuestos, los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética, esta última impotente en aquel momento, pero no por mucho tiempo. El papel histórico de la Gran Bretaña como el mayor banquero del mundo había llegado a su fin; ahora tocaba su turno a los Estados Unidos, que habían concedido grandes créditos a todas las potencias de la Entente. También la Corona británica tuvo que aceptar que los *dominions* reivindicasen, también en las cuestiones de política exterior, amplia libertad de acción y que apareciesen independientes sobre la escena internacional. Así, subraya con evidente precisión el profesor Mommsen—a modo de tesis final—, entró Europa al final de la primera guerra mundial en una fase de inquietud interna y de inestabilidad política, que continúa hasta nuestros días. Y es que, honor a la verdad, la expansión imperialista originó la «muerte» de Europa.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

